

Carlos Liscano

El escopetero

*Sobre la escena varias mesas de bar con sillas vacías alrededor de cada una. A una mesa está sentado un enorme muñeco gordo representando a un hombre. Sobre la mesa una botella de vino y un vaso servido. El personaje entra llevando al hombro una escopeta imaginaria, observando el lugar con cierto recelo. Viste un sobretodo largo, viejo. Por debajo se le ven varias camisas superpuestas. Da la impresión de pobre, aunque no miserable. Recorre el bar y luego da vueltas en torno al muñeco, haciéndose el distraído. Coloca la escopeta con cuidado contra la mesa y se sienta frente al muñeco. Pasan segundos antes de que comience a hablar. Se dirige al muñeco en tono de confianza.*

Déjeme que le cuente. La vida es así. *(Bebe de la botella.)* Esta madrugada volvía a casa. Había un tipo pegándole a una mujer. Así, meta y meta pegarle. Entonces: ¡Blumm!, *(Tira con la escopeta.)* Le di un escopetazo. *(Va mirar el cadáver.)* Eso no se hace. *(Dicho al que está en el suelo. Vuelve a la mesa, a dirigirse al muñeco.)* Pasó un perro. *(Mira pasar el perro, se levanta.)* Otro escopetazo. *(Mira al perro con desprecio. Regresa a la mesa.)* Voy a cruzar la calle y un auto casi me pasa por encima. *(Salta para que el auto no lo atropelle y cuando prepara la escopeta ya el auto se fue.)* Ese se me escapó, pero ya volveremos a encontrarnos... *(Se sienta.)* Hay mucho sinvergüenza en el mundo. Así uno no puede ser feliz, todo hay que tomárselo en serio. Dios allá *(Señala hacia arriba.)* arriba está juzgándonos a todos, uno por uno. Pero yo ya lo tengo pensado. Cuando me muera me llevaré la escopeta al otro lado. Llego y lo veo, al Gran Juez: *(Se dirige a Dios.)* ¿Así que usted es el Dios de que tanto se habla? *(Tira.)* ¡Blummm, blumm! Se acabó lo que se daba. Que se juzgue él mismo, que fue el inventor de esta farsa. Baste ya con ese asunto. *(Deja la escopeta recostada a la mesa.)* Lo que quería decirle es que yo soy pobre. Uno dice pobre y no dice nada. Los pobres son interesantísimos. No tienen nada. Eso también es fácil de decir. Cualquiera afirma que no tiene nada. No le crea, casi siempre es mentira. Si uno no tiene nada es porque no tiene NADA, solo piojos, y probablemente sean ajenos. *(Se levanta y comienza a caminar.)* Cuando uno es pobre es porque sobra sobre el planeta. Si uno siente que todavía no sobra, que todavía tiene un lugar, que hay una esperancita, entonces uno aún no conoce lo bueno. *(Se acerca al muñeco y se inclina para hablarle.)* No sé si usted sabe cómo son las cosas en la ciudad por la noche. *(Se separa y "reflexiona" en voz alta.)* La noche es el momento de la conexión. De día uno no puede existir. Es un espanto el día. De noche es al revés, no hay dificultades, todo se vuelve más fácil en las sombras. La oscuridad establece vínculos, contactos. Toda comunicación verdadera en este mundo comienza al retirarse la luz. Sin luz la vida se vuelve inmediata, blanda. En esas horas todo es permitido, el mundo es más simple. Las puertas del cuerpo se abren, todo es verdad. Uno accede a los otros y les permite acceder a la verdad propia. *(Vuelve a sentarse frente al muñeco.)* En una época yo dormía en el Ejército de Salvación. *(Enumera con los dedos.)* Allí se reunía el

hambre, el frío, el agua en los zapatos, un pulmón extirpado, el dolor de muelas y la desesperanza. Todo eso junto apenas da calor, un calorcito que no llega a durar toda la noche. Allí uno se acostaba con otro para sentir unas nalgas sobre los muslos. Si uno siente unas nalgas aquí y puede abrazar, o si uno puede encogerse y poner las nalgas en la falda de otro y ser abrazado, uno se convence de que todavía existe. No tiene nada que ver con el sexo, se trata solo de tocar y abrazar, eso ayuda mucho. (*Mira al muñeco como esperando asentimiento. Lo toma de la camisa.*) ¿O usted cree que no ayuda nada? ¿Eh? (*Lo suelta y se incorpora, vuelve a caminar reflexionando en voz alta.*) Yo he venido desde niño considerándome un ser sin importancia. Nunca creí que hubiera algo para lo que yo pudiera servir. Creo que lo mismo sentían los demás, incluidos mis padres. Aunque ellos hacían lo posible por disimularlo, pobres. Incluso simulaban lo contrario, tratando de ver si yo enganchaba en alguna cosa, algo que me ocupara hasta el fin de mis días. No lo consiguieron. De ahí nace toda una filosofía sobre la confianza en uno mismo. Con esa filosofía como punto de partida no se puede pretender que yo me ajuste a la verdad, ni al bien ni a otra especie de cuestiones. Trato de pasarla lo mejor que puedo, modestamente. (*Va a la mesa y recoge la escopeta. La manipula, la prueba.*) No sé bien cuándo fue que empecé a usar la escopeta. Es una escopeta mental. Ando con ella en todo momento. Ocorre algo, veo una injusticia, alguien que me hace daño o hace daño a otros, y ¡blum!, un escopetazo. No vale la pena hablar, discutir. Es mejor la escopeta. (*Apunta y tira.*) Apuntar, tirar, y seguir. Hasta la próxima esquina. A veces no doy abasto. Tengo que estar en el sitio para poder aplicar la escopeta. Yo no sé si usted ha probado la escopeta alguna vez. Es saludable. Pero no vaya a creer, no soy tan imbécil, sé que nadie se rectifica porque yo le dé un escopetazo mental. Pero a mí me hace bien. Siempre con ella al hombro. Hace unos años formamos un grupo. Éramos ocho o diez y no pasamos de conversaciones. A mí el grupo empezó a interesarme más que cualquier otra cosa. Abandoné todo por él. Antes de eso tenía una mujer con la que nos veíamos los sábados por la tarde. Solo los sábados después de las tres de la tarde y antes de las ocho de la noche. Allí se iba a lo concreto, nunca charlas o cosas. (*Da precisión a la afirmación juntando el índice a través del pulgar.*) Después ya no nos vimos, el grupo y la Botafogo me llenaban la vida. Todos los que estábamos por la escopeta nos reuníamos y conversábamos. Nunca llegamos a ponernos por completo de acuerdo sobre a quién íbamos a darle. Había algunos que querían darle a los curas.

Otros a los policías, otros a los judíos, a los comunistas, a los maricas, a los ricos, a los negros, a ciertos grupos de rock, a los mormones, a unos vecinos que hacían ruido en el piso de arriba. Había algunos que entendían que en el mundo había solo un par de sinvergüenzas y que la solución era darle a esos. Teníamos uno que se conformaba con darle a su propia madre. Dejaba abierta la posibilidad de que se le diera a otros, pero después de haberle dado a la madre. Y de ahí no había quién lo sacara. En cada reunión se presentaban listas con nombres, con profesiones, sectores sociales, nacionalidades, religiones. Teníamos gente activa, permanente, que aparecía todas las noches por el sótano. Otros se arrimaban nada más que a escuchar. Eran simpatizantes, muchos de ellos buena gente, pero no se decidían. Es cierto que tuvimos muchas deserciones, pero también había nuevos ingresos todas las semanas. Dos tipos raros y la mujer de uno de ellos, que nadie sabía de dónde habían salido, opinaban que había que empezar por organizarse y conseguir plata. Que la cosa era pasar a la acción y dejarse de tanto blablablá. Uno de los dos funcionaba como cabecilla y le decían el Monje. Ese decía que no importaba a quién se le diera. Que había que empezar metiéndole un escopetazo a alguien y más tarde se vería. Pero mucho peor era la Tartamuda, que era la mujer del Monje. La Tartamuda decía que, una de dos, o la escopeta era la única verdad y entonces había que usarla enseguida. O de lo contrario la escopeta no servía para nada y que nos dejáramos de discusiones y fundáramos una cooperativa en el campo o hiciéramos un grupo de viaje. Nos llamaban los "teoricistas", y los "lististas", porque nunca nos decidíamos a empezar y únicamente hacíamos listas. Fue mejor que desaparecieran. Más adelante nos enteramos que habían asaltado una carnicería. El carnicero alcanzó a agarrar al Monje y casi lo mató. A la Tartamuda y al otro le hicimos una colecta para que se fueran del país. Pero volvieron a los pocos meses y también fueron a parar a la cárcel. Algunas noches el grupo salió a la calle, en parejas. Cada uno con su escopeta mental, para probar cómo podría irnos con una de verdad. Recorríamos las calles, entrábamos en los bares. Después nos dimos cuenta de que aquello era peligroso. Nadie sabía lo de las escopetas, y no podía haber riesgos, ya que lo nuestro era silencioso y pacífico. Pero precisamente eso era lo más sospechoso, que no se supiera en qué andábamos. De algunos sitios nos echaron con malos modos y una noche tuvimos que correr para que no nos dieran una paliza. Fue un fracaso y abandonamos las recorridas. Lo mejor del grupo era la música. Nos reuníamos en el sótano donde yo vivía. Cada uno llevaba sus

casetes y pasábamos la noche con vino y música, elaborando listas de sinvergüenzas. El grupo no prosperó, como dije, y tal vez haya sido mejor así porque de haberlo hecho, con aquellas inacabables listas que se presentaban, habríamos aniquilado todo, gente, animales, plantas y cosas. Teníamos miembros para todos los gustos, buena gente, tranquila, gente de la noche, y así, claro, surgían propuestas de las más variadas. Alguien nos trajo a un ex nazi que hacía poco se había pasado al espiritualismo asiático, como él decía. De la primera época le quedaban conocimientos sobre explosivos y sobre cómo organizarse. De la segunda traía un odio total a lo occidental, según sus palabras. Una noche vino al sótano y nos contó su cosa. Después empezamos con la música y el vino y ahí le dio un ataque de rabia tan grande que pensamos iba a matarnos allí mismo. Al menos eso nos prometió al irse, matarnos a todos como a gusanos que éramos. Otro individuo que apareció fue uno al que le decían el Minero y que sabía que en cierto lugar había oro. Había que irse allí y excavar. Con lo extraído podríamos financiar batallones enteros de escopeteros que andarían por el mundo a nuestro antojo. El proyecto sonaba interesante y le dedicamos un par de horas. Pero la moral decayó cuando el Minero precisó mejor dónde estaba el oro. Nadie estaba dispuesto a irse a vivir en medio de las piedras. Ni por todo el oro del mundo. Cada vez que tenía oportunidad el Minero volvía a la carga. Tuvimos que decirle que aflojara con lo del oro porque estaba aburriendo a medio mundo. Mucha gente que quería hacer política nos contactaba y quería llevarnos para lo suyo. También se nos quiso llevar a la poesía y a la religión, pero logramos resistir. En el sótano se aguantaba cualquier cosa menos tres: el discurso largo, la lectura de poesía y el sermón. No teníamos nada en contra de ninguna de las tres cosas, pero política, poesía y religión nos espantaba la gente la gente. Si fueran solo unos versitos no sería nada. Pero usted vio cómo es, viene el poeta con toda su obra, se sienta y empieza a leer hoy y termina pasado mañana. No hay quien aguante. Después que establecimos este principio, nos libramos de los más pesados. Pero aún así no nos libramos de los locos. Hay tanto loco por ahí que es difícil creerlo. Hay locos de la especie simpática, que nunca molesta. Hay un tipo de loco que no es loco. Usted lo ve y cree que sí, que algo le anda mal. Pero si busca bien entiende que no, que ese es su modo, así sobrevive. Parece que la cosa duele menos cuando a uno lo consideran loco. Usted sabe, la vida es una interminable serie de problemas. Todos, hasta los más chicos, ni bien se los toca se dividen en dos, en cuatro, en ocho. Uno

siempre está solo frente a la multiplicación de problemas. Los demás le dan razones a uno, y uno debería usarlas para que las cosas se resolvieran. Sin embargo, los demás no participan de los problemas de uno. O participan ellos y uno no. Es muy complicado, uno tiene que buscar un alivio, un afloje. Un día ve que de loco se tiene un pasar. Entonces uno ya encontró el camino y sigue en él. Nosotros recibíamos locos a manos llenas hasta que resolvimos no aceptar más. Si aparecía alguno se le advertía: "Aquí todo normal, de lo contrario, ¡para afuera enseguida!" Si era loco, y aceptaba nuestras condiciones, ningún problema. Se sentaba por allí y no abría la boca, o hablaba como se debe. Cuando hay mucho loco la cosa se pone insoportable. Había un loco al que echamos por hablar como loco. Después lo retomamos. Tenía dos lugares para estar; si no estaba en el manicomio estaba en la cárcel. Cuando apareció por el sótano ya no lo recibían en ninguno de los dos sitios. Fuimos a buscarlo y le dijimos: "Aquí hay vino, aquí se come, pero nada de cosas raras". Nos dijo que no sabía bien en qué andábamos, por eso se las había dado de loco. Prometió mantenerse en lo justo. Era un muchacho fenomenal. Cuando venía alguien con política, con religión o con poesía, se lo pasábamos a él y les hacía entender que allí aquello no marchaba, que había que venir con alguna otra cosa. Además, este muchacho, de nombre el Cabeza, era inteligente y era loco de verdad. Pero no conocía más que el manicomio y la cárcel, así no iba a poder llegar a ninguna parte. El único defecto del Cabeza era que tenía la costumbre de juntar basura. Nos llenaba el sótano con bolsas de basura que juntaba por la calle. Él mismo no sabía por qué juntaba. Con el tiempo mejoró bastante. Cuando le venían ganas y sentía que ya no podía más, salía, se juntaba su par de bolsas y las tiraba en el primer jardín que encontraba. Después volvía hecho un ángel. También se nos aparecía algún idiota de vez en cuando. A esos sí que no los queríamos. Con los locos se puede negociar, pero con un idiota es imposible. Además, hay mucho idiota que también es sinvergüenza, había que estar alerta. Pero después que lo tuvimos al Cabeza, él se encargó. Llegaban, los miraba, les conversaba un poco, y enseguida los clasificaba: éste es loco, éste no, éste es idiota. El idiota es el tipo que siempre sabe todo. Entre nosotros no se podía saber tanto y por eso no aceptábamos idiotas. El único que tenía derecho a saber todo era el Professore, y se le respetaba porque nunca hablaba. A menos que estuviera inspirado. Entonces nos daba unas tiradas muy largas sobre filosofía griega. No se entendía nada, pero del modo como sonaba aquello tenía que ser de lo más bonito. El Professore jamás

llegaba al final de sus charlas porque se perdía y se ponía a hablar en italiano, y allí quedaba encerrado. Parecía que cuando se olvidaba de algo tenía que ir a buscarlo en su lengua, y después le costaba varios días salir. Nosotros iniciamos el grupo sin pedir nada a nadie; unos pocos hombres y tres mujeres, la Vietnamita, que era novia del Professore, la Treintaidós, y la Botafogo, que tocaba la viola da gamba. Esos fueron los fundadores. Empezamos en el sótano con un poco de vino, un par de casetes, y algo de fiambre. Pero después venía todo el mundo a darnos consejo. Nos visitaban grupos de amigos de los animales, de amigos de las plantas, de amigos de todo lo que existe. Es decir, cualquiera que circulaba por ahí buscando un lugar para pasar la noche se aparecía por el sótano. Tuvimos un cambio muy grande cuando se nos incorporó uno que tenía una computadora. Se le conocía como el Aviador y era un campeón, ordenaba todo, organizaba todo y calculaba todo. Su mayor aspiración era la lista única y total. De allí no se iba a escapar nadie. Pero algo le fallaba. No sabía decirle qué, pero le gustaba escupir por el colmillo. Eso no puede ser bueno. Aunque también escupiendo era un Tarzán y no había quién le igualara el punto. Pero ahí ya había algo como para sospechar, uno no escupe de ese modo porque sí. Tal vez no era malo, pero tenía demasiadas ambiciones. No era que quisiera ser jefe o algo de eso. No. El Aviador sentía que las cosas iban demasiado lentas y su lista total se demoraba más y más. Era un científico, pensaba que con nosotros no iba a llegar a ninguna parte. Su ideal era: orden, lista única y exterminio inmediato a escopetazos. Desde que el Aviador llegó nos dedicamos a hacer series detalladas de mapas con todos los mercedores de escopetazos que existen en el mundo. Se discutió durante mucho tiempo si, además de gente, podían incluirse animales y cosas. Para no llegar a una división se propuso que hubiera listas separadas, gente por un lado, objetos por otro. En los objetos cabía de todo, desde canciones hasta anuncios comerciales, monumentos, edificios públicos, películas y gatos. Se llegó al perfeccionismo de no solo incluir una organización que esperaba su escopetazo, sino de poner en el mapa correspondiente los nombres de todos sus integrantes. Un día alguien colgó en la pared una lista con un solo nombre, el del Aviador. El Aviador se ofendió y nos abandonó. Pero no fue solo por la broma. El aviador ya venía preparando su retirada desde hacía tiempo. Del gobierno le habían ofrecido un sueldo por hacer lo mismo que sin cobrar hacía para nuestro grupo. Fue una pérdida, en particular sentida por La Treintaidós, que se había enamorado del Aviador. Una vez alguien

dijo que debíamos cobrar entrada y tuvimos reuniones a puerta cerrada para poder tratar el tema. Se pensó que cobrar era peligroso porque enseguida iban a empezar los problemas por la plata. Decidimos exigir una cooperación voluntaria, vino, tabaco, pan, mortadela. Así empezamos a recibir propuestas de otro nivel. O, para decirlo como era, nos cambiamos de clase social. Se nos vinieron encima profesionales universitarios, señoras con abrigos de piel, hijos rebeldes de familias ricas, terapeutas. Nos fuimos para arriba. Se comía abundante, había buen vino, pudimos pagar el alquiler con regularidad. Enseguida nos dimos cuenta de que había que prohibir fornicar en el sótano. Había un olor que apestaba. Eso nos creó problemas con el Quiniela, que no podía dejar pasar una noche sin estar dándole. Él decía que lo discriminábamos por negro. Se le explicó que el olor no tenía nada que ver con el color sino con la cosa en sí. Aceptó, aunque de vez en cuando recaía en lo mismo. Algunas noches se formaba una cola de autos en la puerta. Llegaron a ofrecernos mucha plata para que aceptáramos integrarnos a un grupo que quería poner bombas y volarlo todo. Contestamos que no. No queríamos mezclar las cosas ni abandonar la escopeta. Teníamos un muchacho que era bastante intelectual, y lo nombramos Secretario de Propaganda. Una noche se presentó con una mujer que tenía un periódico. La mujer tendría unos cincuenta años y pensaba poner el periódico a nuestra disposición. Con eso venía, y también con que era atlante. Los atlantes eran habitantes del continente perdido, ¿no sé si usted sabe? Cuando esa tierra se sumergió, algunos de esos seres sobrevivieron. Según nos dijo el de Propaganda, esta mujer era atlante. Los atlantes, nos explicó, se parecen en todo a la demás gente, pero tienen veintiún dedos. Cuando la Atlante entró al sótano todos le miramos las manos para verle la cosa de los dedos. En las manos no había nada de más. Nadie hizo preguntas. La Atlante entró y le dio asco el desorden, los colchones por el suelo, las botellas vacías. Nadie hablaba sobre nada concreto, ni del periódico, ni de listas ni de escopetas. Tal vez ella quería hablar de los atlantes, pero no había mucho ambiente para eso. Había música y había vino. La Atlante se sentó y hablaba con el que la había traído. La cosa siguió mientras hubo vino. De a poco la gente desaparecía en algún colchón. Yo me había dormido cuando sentí quejidos y grititos. Alguien estaba forzándose a la Atlante. La Atlante le dio unos golpes al que la estaba trabajando. Se levantó y se fue dando un portazo. Al rato volvió con la policía. Decía que le habían robado la cartera. Esto no era cierto, ella se la había dejado. Se pusieron a revisar y enseguida la encontraron. Pero no

contentos con eso, siguieron buscando. Parece que encontraron un poco de marihuana. No creo que en realidad hayan encontrado nada. A la gente nuestra le gustaba el vino, le gustaba la música, y fornicar siempre que se pudiera, pero nada de drogas. No sé, tal vez algún porro había por allí, pero no era para tanto. El hecho fue que marchamos todos a la comisaría. Mientras estábamos detenidos desaparecieron los fondos que teníamos en una lata en la cocina. Cuando nos soltaron ya la cosa se había puesto demasiado seria; la policía venía casi todas las noches, a veces se llevaba a alguno. La Atlante llegó una noche y pidió ingreso al grupo. Se le contestó redondamente que no. No queríamos ni verla; ni siquiera se le permitió bajar al sótano. Todo había sido por su culpa, por ponerse a protestar y después traernos a la policía. El grupo empezó a disolverse. No se habló más de escopetas ni de nada. Solo había vino, a veces, y un poco de música. El que quería fornicar se llevaba lo suyo, no como antes que uno iba solo y siempre conseguía algo. A los pocos meses el dueño del sótano consiguió que un juez me hiciera desalojar y ya no quedó nada. El Cabeza me ayudó a juntar mis cosas y me fui a una pensión. Tal vez era lo mejor que podía ocurrir. Pero la época del grupo fue importante, ahí había algo. Todo el que pasó por el sótano anda todavía con su escopeta por el mundo. Después que uno la ha probado no puede abandonarla. En la actualidad yo suelo hacer primero el cuento. A veces no hay solución porque el que quiere un escopetazo quiere un escopetazo y no lo salva nadie. *(Saca un cigarrillo de la caja que está sobre la mesita y se dispone a encenderlo, haciendo el gesto de "Permiso".)* Pero aquí, cuando entré y vi que había calefacción, yo me dije: este hombre tal vez no quiera darme quinientos pesos, pero seguro que me da cincuenta, o por lo menos un cigarrillo. Yo creo que eso es bastante razonable.